

cielo, socios de los ángeles y ciudadanos predilectos de la celestial Jerusalen! Sí, hermanos míos, en calidad de cristianos hemos vuelto á adquirir el bello título de hijos de Dios, y por consiguiente el derecho á la bienaventuranza. Por que „si somos hijos, dice San Pablo, somos también herederos, herederos verdaderamente de Dios, coherederos de Cristo. ¹ Si somos coherederos de Cristo, tenemos por gracia lo que él tiene por naturaleza, y somos sus hermanos: pues con nosotros hablaba también, tenedlo por cierto, cuando anunció á sus discípulos su regreso de la tierra para el cielo, con estas palabras perdurablemente dulces para la esperanza y para el amor: *Asciendo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.* ²

Cristiano, quiere decir tanto como *hombre que tiene la fe de Cristo*; y la fe de Cristo es luz para el entendimiento, es fuego para el corazón: disipa las tinieblas, descubre la verdad, enfrena las pasiones, cria la virtud, enjuga todas las lágrimas, produce todos los bienes, santifica la tierra y diviniza la humanidad. La fe de Cristo, hermanos míos, es la pureza que se abriga en el candor de la virginidad, el valor que se infunde en el corazón de los mártires, es el vigor secreto que forma el carácter de los confesores, es la causa motriz, el agente invisible que dirige los pasos del Apóstol, es la expresión dulce y tierna de religión y de piedad que tanto nos encanta en los labios del niño, y es por último, esa resignación sublime con que al sonarnos, la última hora del tiempo, nos recogeremos en Dios para entrar con sosiego en las vías de la eternidad.

Tal es, oh católicos, la excelencia de este nombre santo y divino. Medítadle todos los días, y amadle sin cesar; llevadle con decoro, sostenedle con firmeza, conservadle con constancia, posedle con provecho, y conducidle con gloria hasta el seno mismo de Aquel que, habiendoo criado para sí, reserva la bienaventuranza eterna para el que haya sabido vivir y morir como cristiano.

(1) Epist. á los Rom. cap. VIII, v. 17.—(2) S. Juan cap. XX, v. 17.



PLÁTICA TERCERA

SOBRE

LA SANTA CRUZ,

CONSIDERADA

COMO LA INSIGNIA Y SEÑAL DEL CRISTIANO.

Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.

Léjos de mí el gloriarme, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.

San Pablo á los Gálatas, cap. VI, v. 14.



UANDO la fama, hermanos míos, había ya conducido á muy prodigiosas distancias el nombre de aquel esclarecido apóstol á quien Dios había suscitado muy especialmente para la conversión de los gentiles; cuando la presencia de Pablo ponía la celosa embidia en el ánimo de los judíos, y las más terribles alarmas en el corazón de los infieles, porque aquella presencia traía consigo la representación tácita de la victoria; el Apóstol entró en cierta especie de inquietud á la vista de su misma celebridad, se estremeció de su propia nombradía, y hubo menester de apoyarse fuertemente en la Cruz del Salvador, para mirar con quietud, sin recelo y sin alarma su propia gloria. „Léjos de mí, decía, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo.—Dios „me ha enviado, escribía también á los fieles de Corinto, „á predicar el Evangelio, sin valerme para esto de la elocuencia de palabras, á fin de que no se haga inútil la Cruz

„de Jesucristo.”¹ El Santo Apóstol, hermanos míos, no quería dar un solo paso sino llevando la Cruz delante de sí, ni pronunciar una palabra sola, sino á fin de que en ella y por ella fuese bendecida, y honrada, y glorificada esta señal sublime de nuestra redencion: porque „la palabra de la Cruz que aparece como una necedad á los ojos de „quienes se pierden, viene á ser para los que se salvan, „continuaba diciendo, es decir para nosotros, el poder y „la sabiduría de Dios.”² He aquí la razon porqué el Apóstol no quería gloriarse en otra cosa, y porqué cada uno de nosotros, á ejemplo suyo, debemos decir continuamente con la palabra y con las obras: „léjos de mí el gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*

Pero ¿cuál será, decidme, la causa ó el secreto principio de esta consagracion tan absoluta del Apóstol al sagrado madero de la Cruz? La misma, hermanos míos, que tiene el soldado invencible inspirado por el honor y por la gloria, para rendir los homenajes mas grandes y mas dignos á las banderas que le conducen al combate y á la victoria. Soldados de Jesucristo, la Cruz es nuestra señal y nuestra bandera, y en ella honramos y damos gloria á ese Rei Supremo, que muriendo sobre la Cruz, triunfó de la muerte, salvó la humanidad y encadenó al pié de este signo sagrado á todos los enemigos de su reino.

¿Qué asunto pues mas importante, hermanos míos, pudiera yo elegir para vuestra propia edificacion, que el llamar vuestro entendimiento y vuestra voluntad hácia la contemplacion y culto de este signo misterioso? Como que el es vuestra enseña, vuestra guia y vuestro apoyo, tiene relaciones íntimas y esenciales con vuestro pensamiento, vuestra voluntad y vuestra conducta. Descubrir y fijar estas relaciones; he aquí la obligacion que hoy me impone mi santo ministerio: pensar, sentir y obrar segun ellas; he aquí los preciosos frutos que debéis rendir vosotros á la palabra divina. Para lo primero, necesitáis instrucciones; para lo segundo vuestra voluntad exige sentimientos; para lo tercero, vuestra conducta ha me-

(1) Epist. I á los Corint. cap. I, v. 17.—(2) Cap. I, v. 18.

nester de reglas. Es mi ánimo por lo mismo proveeros hoy competentemente de todo, considerando la Santa Cruz: primero en las instrucciones que contiene; segundo, en los sentimientos que inspira; tercero y último, en la conducta que prescribe.

PRIMERA PARTE.

Considerada la Cruz en sí misma, fué ántes de Jesucristo un instrumento de que se servian las autoridades para dar muerte á los malhechores, fué una especie de patíbulo ó suplicio. Con este mismo carácter la emplearon los judios cuando ya resolvieron el dar muerte á Nuestro Redentor, y por esto los dos ladrones que juntamente con su Divina Magestad fueron ajusticiados, murieron tambien cada uno de ellos en su respectiva cruz. Pero desde el instante mismo en que el sagrado cuerpo de Nuestro Señor fué clavado en ella, cambió, señores, enteramente su significado y su destino, pasando á ser trono en vez de cadalso, fuerza en vez de debilidad, luz en lugar de tinieblas, honor en lugar de infamia, bandera de triunfo en lugar de signo de muerte, objeto anhelado por todos en lugar de signo afrentoso de que todos huian, monumento de una regeneracion sublime, egida poderosa de la virtud, terror de sus enemigos y precursora de la inmortalidad. ¿Y todo esto porqué, hermanos míos? *Porque es figura de Jesucristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

¡Ah! mi alma se siente profundamente conmovida, cuando retrocediendo con su meditacion hasta el triste y glorioso dia en que comenzó á tener una historia de resurreccion y de vida este instrumento de muerte, se detiene allí á contemplar la Cruz, y desde allí parte considerándola en su vasta carrera, y acompañándola hasta el presente dia. *Cuando yo hubiere sido exaltado de la tierra, decia Jesucristo, lo he de atraer todo hácia mí.*¹ Dijo, murió en

(1) S. Juan cap. XII, v. 32.

la Cruz: y ¡qué visteis desde entónces, oh católicos, sino la sorprendente y magnífica puntualidad de esta cita profética! Las generaciones y los siglos parecieron apresurarse con inadita espontaneidad á obedecer este precepto soberano. Un soldado que estaba allí presente exclamó, á la vista de Jesucristo muerto. „No hai duda este era hijo de Dios.”¹ Esperad un tanto, y ya veréis cómo el eco del Centurion, semejante al trueno que se difunde por las alturas, y parece multiplicarse al chocar con las esferas que giran por el espacio, para volver á herirnos con el eco de los mundos, mui pronto se reprodujo en el corazón de los pueblos, para dar á la Cruz del Salvador el testimonio mas brillante de su poder. Apenas los apóstoles empiezan á pasear, digámoslo así, la sagrada insignia del Calvario, y ya los pueblos caen á sus piés. Alármense los príncipes, como estaba escrito,² y en odio del Crucificado se reúnen todos para estirpar hasta sus últimas memorias. Fuego y sangre decretan contra la nueva familia; por tres siglos tuvieron levantado su brazo sacrilego; á millares perecen las víctimas; pero esta sangre preciosa, vertida en defensa de la Cruz, burlaba mas y mas, como tambien estaba escrito,³ el furor de los magnates, porque „la sangre de los mártires, dice un padre de la Iglesia, se convertia en una semilla de cristianos.” La saña de los perseguidores no deponia su furor; pero la Cruz parecia multiplicar, como las estrellas del cielo, los adoradores en espíritu y en verdad; y despues de haber rendido á los pueblos, rindió á los reyes, viniendo á encontrar su trono en la corona de Constantino. ¡Y todo esto porqué, hermanos míos! *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

Desde entónces todo fué para la Cruz una carrera de victorias: no pasaba un año sin que le dejase un ilustre troféo; no pasaba un siglo sin que la colocara en las páginas de la historia, como el origen de nuevas conquistas. Arruínanse los templos del paganismo, levántanse aquí y allá soberbias basílicas en honor de Jesucristo á expensas de los potentados del mundo, y estos nobles san-

(1) S. Mat. cap. XXVII, v. 54.—(2) Salm. II, v. 2.—(3) Salm. II, v. 1.

tuarios elevan prodigiosamente sus cúpulas para encumbrar hasta las primeras alturas el signo sublime de nuestra redencion. Desenvuélvese rápidamente la civilizacion de los pueblos, llevando siempre delante de sí la sagrada señal, poniéndola igualmente en los palacios y en las chosas, en las escuelas del genio, en los talleres de las artes y sobre esos aparatos magníficos, que surcando los mares, estrechan las naciones, esparciéndola por las aldeas, colocándola en los caminos y asentándola sobre las altas montañas. La Cruz vino á ser el signo de la civilizacion, y para encontrar los asilos de la barbarie, bastaba descubrir algunas regiones donde no estuviese puesta una Cruz. La Cruz iba delante de los ejércitos innumerables, volvia exaltada entre los conciertos de la victoria, venia formando la divisa de honor, y cuenta ya muchos siglos de ser la mas insigne y gloriosa recompensa, y el mas estimable obsequio en los Estados mas cultos de la Europa: ha sido exaltada por el genio de las artes, y ha llevado las primicias en la voz de los poetas. Y todo esto ¡porqué, hermanos míos! *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

¡Qué mucho, sacro y augusto madero, que la Iglesia te encumbre en sus cánticos hasta la altura de la gloria, cuando tienes el rango de la nobleza entre todos los árboles, cuando has merecido que de tí penda el precio del mundo, con la Gran Víctima, cuando ungida por último, con la divina sangre del Cordero, has venido á ser la arca y el puerto para el mundo todo que iba á naufragar! Estas son, católicos, las primeras instrucciones que nos da con sola su presencia y sus recuerdos la Cruz del Salvador. ¡Cuán grande es nuestra dicha, de que sea ella nuestra señal, nuestro apoyo y nuestra esperanza! Cuán alta parece á mis ojos nuestra nobleza, cuando veo que á tanto se ha extendido la munificencia del Señor, que nos ha permitido y aun mandado por su Iglesia, formar-la con dos de nuestros dedos, para que esté siempre pendiente de nuestra voluntad, y nos acuda con el socorro en las mas grandes necesidades y los peligros mas

(1) Vease el himno *Vexilla regis*.

terribles de la vida! Pero al mismo tiempo, católicos, ¡cuán esmerada y exquisita, cuán reverente y atenta debe ser vuestra solicitud al formar con vuestros dedos, llevar á vuestra frente, traer á vuestros labios, y conducir hasta vuestros pechos este sagrado signo! Cuando extendiendo vuestras manos, y haciéndolas pasar primero desde la frente hasta la cintura, y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, para encerrar en una grande cruz las tres pequeñas de que acabo de hablaros, ¡quién de vosotros, decidme, podrá ya en adelante mantenerse frío é indiferente, si al formar esas tres pequeñas cruces, que es lo que quiere decir *persignarse*, ó la Cruz mas grande, lo que damos á entender con la palabra *santiguarse*, considera detenida y atentamente la magnífica representación del signo, y las innumerables gracias y bienes infinitos unidos á su empleo? Pero si esto no basta, atended aun; pues voi á haceros nuevas revelaciones: voi á manifestaros la intencion que debéis tener en el uso de la Cruz, haciéndoos ver los bienes que pedís y los misterios que profesáis.

Todas las necesidades que pueden referirse á nuestra vida moral están cubiertas con el uso que hacemos de la Santa Cruz, como vais á verlo. Al formar la primera cruz sobre nuestra frente, decimos estas palabras. *Por la señal de la Santa Cruz*: al formarnos la segunda sobre nuestros labios, decimos estas otras, *de nuestros enemigos*: al formar la tercera sobre nuestros pechos, pronunciamos estas otras: *libranos Señor, Dios nuestro*: y al formar la cruz mayor, con que nos santiguamos, invocamos á toda la Trinidad Augusta, pues poniendo nuestra mano derecha sobre la frente, decimos: *En el nombre del Padre*, poniéndola sobre la cintura, decimos, *y del Hijo*, y trayéndola del hombro izquierdo al derecho, decimos *y del Espíritu Santo*.

Ahora bien, hermanos míos, despues de haberos asegurado mediante el uso de la cruz con el poder de la divinidad y con el de la humanidad santa de Nuestro Señor Jesucristo, ¡qué podríamos temer? Cerradas quedan para todos nuestros enemigos las avenidas todas de nuestra alma. Bien sabéis que á esta no pueden entrar

aquellos sino por una de tres puertas, digámoslo así; ó por la puerta del pensamiento, ó por la puerta de la palabra, ó por la puerta de la acción. La alma es una, simple, indivisible; pero su comercio con el mundo exterior se abre por los sentidos, como el de un Estado por sus respectivos puertos. Mientras vive en este mundo, se afecta y obra por los sentidos; mientras vive en este mundo pelea con sus adversarios: mientras vive pues en este mundo debe estar siempre vigilante sobre sus sentidos, para no ser invadida por esa multitud inmensa de contrarios que de continuo la asaltan, turban y persiguen. ¡Y cuál será la arma poderosa á que haya de recurrir, para luchar con ellos continuamente sin ser nunca derrotada? La Santa Cruz. Pues qué, *¿la Cruz tiene virtud para librarnos de ellos?* No lo dudéis católicos, tiene virtud y mui grande, pues desde que Jesucristo murió en la Cruz, todos vivimos en ella, nadie vive sino por ella; y al contrario muere infaliblemente el que no cuenta con ella: porque, lo digo y lo repetiré mil veces, con ella y solo con ella podremos infaliblemente triunfar de nuestros enemigos. *¿Por qué? Porque la Cruz tiene virtud para librarnos de nuestros enemigos.* *¿Por qué? Por haberlos vencido Jesucristo nuestro Señor con su muerte en ella.*

Conocéis pues, hermanos míos, las necesidades de vuestra alma, reducidas á una fuerza competente para triunfar de nuestros enemigos; conocéis la virtud omnimoda y suprema de la Cruz; sabéis que el pensamiento, la palabra y la acción reasumen todos los objetos del combate; sabéis que en estas tres líneas el alma está afectada y obra por los sentidos: sabed ahora que en los sentidos están íntegramente representados en tres objetos: que en la frente se representa el pensamiento, en los labios la palabra, y en el pecho las acciones. Sellad pues esas tres puertas representativas, y tendréis bien segura, no lo dudéis, la bella Jerusalem de vuestra alma. Nos signamos pues en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos, nos signamos en los labios, para que nos libre Dios de las malas palabras, y nos signamos en los pechos, para que nos libre Dios de

las malas obras. Esta triple libertad nos da la suma del mayor bien que podemos disfrutar en la tierra, el concierto de todo nuestro ser en una buena conducta, la union y amistad con Dios por medio de la caridad. Refiriéndolo pues todo á este único pensamiento, y como queriendo que nuestra naturaleza por el ejercicio de la caridad imite cuanto es dable el concierto de las dos naturalezas en la persona de Jesucristo, concluirémos la grande obra, encerrando en una grande cruz las tres pequeñas cruces, esto es cubriéndonos con la Encarnacion del Divino Verbo, en el momento mismo en que invocamos á la Trinidad Santa; pero esto necesita todavía de cierta explicacion que voi á hacer desde luego; pues que ya es tiempo de hablar de los profundos misterios que en sí contiene y encierra esta aplicacion continua de la Cruz.

„Cuando nos adornamos con esta santa insignia, *signándonos y santiguándonos*, confesamos seis principales misterios de nuestra santa fe, que son: *El de la Santísima Trinidad* en las tres cruces que hacemos en la frente, boca y pecho para *signarnos*, y en la cruz que hacemos para *santiguarnos*, diciendo al mismo tiempo *en el nombre* (lo cual manifiesta la unidad de Dios) *del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, que es la Trinidad de Personas. Por eso la cruz que hacemos cuando nos *santiguamos* abraza todas las tres con que nos *signamos ó persignamos*; por que siendo una sola la Divina Esencia, comprende en sí tres distintas Personas. *El de la Encarnacion*, en el hecho mismo que confesamos al Hombre Dios muerto en una Cruz por nuestra salvacion eterna. *El de la Pasion* en la accion de hacer la Cruz, por que en ella murió el Hijo de Dios, y es figura expresa de Cristo Crucificado. *El de la Redencion* en la misma Cruz que formamos, pues este Hijo que bajó de lo alto del cielo á hacerse hombre en el purísimo vientre de María Santísima, muriendo en la Cruz, nos redimió del pecado. Y *el de la Resurreccion* en llevar la mano desde el hombro izquierdo al derecho, pues denota que fuimos trasladados del estado de la culpa, significado en el hombro izquierdo, al feliz estado de la gracia, figurado en el derecho: concediéndo-

nos el Señor facultad para que pasemos desde el lado de los malos al de los buenos.”¹

La última instruccion que me propongo daros, mira hermanos míos, á los efectos que produce en nosotros el uso frecuente de la Cruz. Ellos pueden inferirse de todo lo que llevamos dicho; pero para mayor claridad os diré que son cinco los mas principales: alistarnos bajo las banderas de Jesucristo, defendernos de las tentaciones del Demonio, y tambien del mundo y de la carne, ahuyentar los espíritus malignos, distinguirnos de las naciones infieles y hacer una confesion eterna y constante de nuestra fe.

Pero estas instrucciones santas nunca dejarán de ser estériles, católicos, si á lo que el entendimiento concibe no está continuamente unido lo que siente el corazon. No basta pues hablaros de las instrucciones que encierra este gran misterio de la Cruz: por que él es práctico, fecundo, santificante, ilustra al mismo tiempo que inflama, mueve al mismo tiempo que enseña.

SEGUNDA PARTE.

Imaginad, hermanos míos, todo el poder que tendrá sobre el corazon un signo que al mismo tiempo habla á la memoria con recuerdos inmensos, al entendimiento con verdades sublimes y á la voluntad con afectos inexplicables. Colocada entre los cielos y la tierra, la Cruz expresa esa alianza magnífica producida por una caridad infinita mediante la redencion. Dividiendo, por explicarme así, en el orden de los tiempos las dos mas grandes épocas del mundo, abarca con sus brazos extendidos todos los acontecimientos humanos, reasume los dos Testamentos del Señor, une á los Profetas con los Evangelistas, á los Patriarcas con los Apóstoles, á la Jerusalem antigua con la Iglesia nueva. Los muros del viejo

(1) Catecismo de Astete y Ripalda.